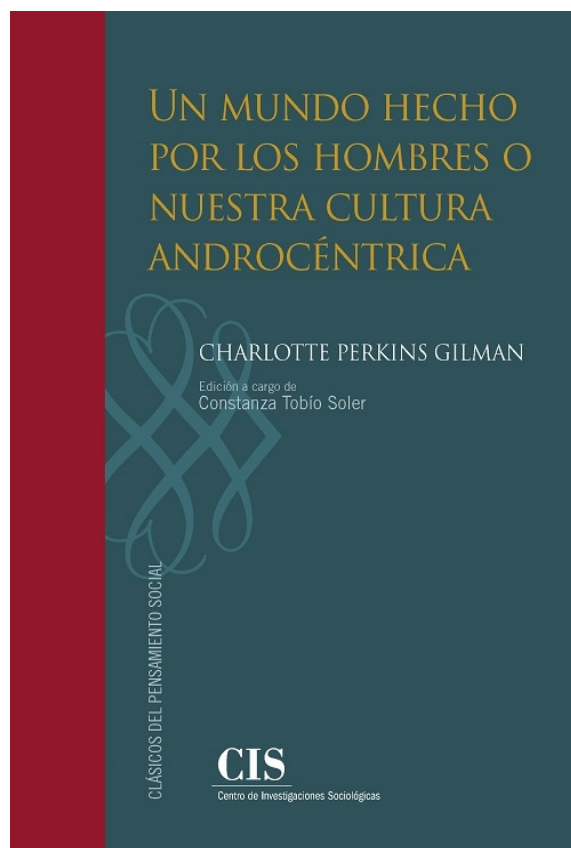


Charlotte Perkins Gilman, otra voz recuperada para la sociología¹

Begoña MARUGÁN PINTOS

Universidad Carlos III de Madrid, España

bmarugan@polsoc.uc3m.es



El origen: Jeanne Derooin como inspiración

La lectura de *Jeanne Derooin. Una voz para las oprimidas. Vida, revolución y exilio*, de Sara Sánchez (2023) ha inspirado esta reseña. A través de este libro conocí un nuevo fragmento que la historia oficial había olvidado: la de la primera mujer que se presentó a las elecciones de la Asamblea Nacional Francesa en 1849 con el objetivo denunciar la falta de derechos políticos de las mujeres y la ausencia de la igualdad de género a pesar de la “Libertad, igualdad y fraternidad” que se proclamaba.

Jeanne Derooin fue pionera del movimiento feminista y del movimiento obrero y, en su día, intentaron silenciarla mediante la violencia, el exilio y la cárcel. También hasta ahora había sido olvidada por la historia a pesar de su labor periodística, en diarios como *La Femme Libre* fundado en 1832, y de sus alianzas con mujeres como las de Seneca Falls, Eugénie Niboyet, Hubertine Auclert, Olympe De Gouges o Flora Tristán. Su trayectoria pone en cuestión la idea de progreso lineal y avance hacia la igualdad entre hombres y mujeres. Derooin ocupó posiciones de liderazgo y polemizó en igualdad con destacados sansimonianos y socialistas como Proudhon. Sin embargo, a pesar de una larga

¹ Este ensayo bibliográfico se ha elaborado a partir de la reseña de la obra de Charlotte Perkins Gilman *Un mundo hecho por los hombres o nuestra cultura androcéntrica* ([1911] 2023, Centro de Investigaciones Sociológicas, 197 pp.).

vida pública de más de ochenta años y de sus publicaciones, la historia de Jeanne Dero-in no era, en absoluto, conocida.

Se dice que contar historias de emancipación permite construir un presente y futuro emancipador, pero no sólo es eso. La apuesta decidida de Sara Sánchez (2023) por recuperar la voz silenciada de una mujer como Dero-in, pionera del movimiento feminista, líder de una organización que aglutinó a más de cien asociaciones obreras y defensora de los animales, me generó el deseo de contribuir, mínimamente, a esa necesaria labor de recuperación de ausencias y a la creación de genealogía feminista. Porque “muchos campos de conocimiento, hoy institucionalizados, fueron antes un espacio abierto, donde el talento femenino podía desarrollarse sin muchos obstáculos” (Tobío, 2023: 9) y, sin embargo, no se ha seguido ese rastro. En las ciencias sociales se han usado los mecanismos de silenciamiento, usurpación y devaluación que apunta Teresa del Valle para invisibilizar las aportaciones de las “madres” de estas ciencias. Un ejemplo claro lo encontramos en el campo de la sociología, donde el corpus disciplinar que se nos ha legado está altamente masculinizado, a pesar de que, inicialmente, la escasa estructuración de esta disciplina permitió a las mujeres trabajar con considerable libertad y autonomía (Tobío, 2023).

La sociología también tuvo madres

Las mujeres han estado implicadas en el quehacer sociológico desde el origen², aunque su trabajo ha pasado inadvertido durante mucho tiempo. La historia de la sociología que se transmite en la academia se centra en los “padres fundadores” y el corpus disciplinar de la misma está altamente masculinizado silenciando a “las madres fundadoras”. Y esto a pesar del reconocimiento que como sociólogas tuvieron en su tiempo y del impacto de sus publicaciones.

Aún hoy se puede acabar el grado universitario de sociología sin conocer a Anna Julia Cooper, Charlotte Perkins Gilman, Jane Addams, Marianne Weber, Harriet Taylor o Beatrice Potter Webb cuando precisamente, sus teorías, aportaciones metodológicas y compromiso con los cambios sociales, rompen con lo que han sido las representaciones tradicionales de la teoría sociológica (García-Sainz, 2021).

Todas las sociólogas mencionadas fueron reconocidas al formar parte de la sociología del momento. Muchas de ellas publicaron en las revistas sociológicas de la época, como la *American Journal of Sociology* y participaron en asociaciones científicas y profesionales como la American Sociological Society desde su fundación, debatiendo con los considerados hoy como los fundadores de la sociología, para ser posteriormente marginadas. De hecho, en las universidades, se sigue presentando a Émile Durkheim como el padre de la sociología moderna al pasar de la estadística moral a la investigación sociológica,

2 Tal y como refleja el libro *The Women Founders, Sociology and Social Theory*, de Patricia M. Lenger mann y Gillian Niebrugge ([1998] 2019).

ignorando que Harriet Martineau (1802-1896), se adelantó cincuenta años a Durkheim en aplicar un método sociológico específico en esta disciplina. Y no será porque no dejara por escrito su legado. El método sociológico lo desarrolló en los libros *Society in America* (1836) y *How to Observe Morals and Manners* (1838). Martineau se convirtió en comunicadora de una teoría crítica para el gran público con sus 25 volúmenes para 10.000 suscripciones en la serie *Illustrations of Political Economy* (1832) y escribió unos 1.600 artículos publicados en *Daily News*. Lamentablemente, a pesar de su magna obra publicada y su influencia sobre las políticas públicas de entonces, ha sido ocultada y, en ocasiones, solo se la recuerda por su traducción de los 6 volúmenes de *Filosofía Positiva* de Auguste Comte.

Charlotte Perkins Gilman (1860-1935)

Al igual que Harriet Martineau, también Charlotte Perkins Gilman fue durante décadas silenciada a pesar de sus prestigiosas conferencias, poemas y escritos. Ambas, como la mayoría de las fundadoras de la sociología, han sido objeto de marginación, no solo por ser mujeres, sino también por sus propuestas de reforma social, sus políticas feministas y su interés por crear una sociología pública. Alejadas de la asepsia investigadora y la abstracción teórica, sus aportaciones partían del estudio empírico de la vida cotidiana y de sus vivencias, adelantándose un siglo al *conocimiento situado* que después describiría magistralmente Donna J. Haraway ([1991] 1995).

Las fundadoras de la sociología fueron sociólogas críticas y su labor no se entiende sino como compromiso con el cambio social (Duran, 1996; Roth, 1997; Castillo, 2001; García Dauder, 2008, 2010, 2021; González de la Fe, 2019) y, de modo muy especial, con el feminismo. Así, si a Martineau por "su interés por conocer y analizar la situación de las mujeres, especialmente la vida doméstica, así como su compromiso con el cambio, se la sitúa como precursora del llamado paradigma feminista" (García-Sainz, 2021: 4), a Perkins Gilman se la puede definir como feminista, algo que no es nuevo, pues ya en su propia época, con la publicación en 1898 de *Women and Economics*, fue reconocida como tal (Lengermann y Niebrugge, [1998] 2019: 189).

Además de su experiencia vital, en la que sus aspiraciones personales de autonomía e independencia chocaron con el papel asignado a las mujeres, el feminismo y la movilización de las mujeres fueron algunas de sus influencias, junto al evolucionismo de reforma social de Lester Ward y el socialismo utópico. "La contribución de Gilman al paradigma feminista es la identificación de cuatro conceptos cruciales para el análisis feminista: (1) el género³ como construcción social y como estructura social, (2) la heterosexualidad obligatoria, (3) el patriarcado capitalista y (4) la dominación como modo de relación" (Lengermann y Niebrugge, [1998] 2019: 223).

3 Actualizando el uso del concepto "excesiva distinción por sexo" que utilizaba Gilman.

Imbuida en el mismo espíritu reformista del resto de fundadoras, Gilman buscó con la sociología mejorar la sociedad. Con esta disciplina pretendía reducir el sufrimiento, pensamos que, probablemente, para empezar por asistir al sufrimiento que padeció su madre, sometida a lo doméstico. Su padre, Frederick Beecher Perkins, abandonó a su madre, Mary Fitch Westcott, cuando ella solo tenía dos años y, únicamente, les proporcionó apoyo irregular. Charlotte describe la vida de su madre como “una de las más penosamente frustrantes que nunca haya conocido... la más apasionadamente frustrada de las adorables amas de casa” (Gilman, 1936: 8-9, citado por Lengermann y Niebrugge, [1998] 2019: 192). Pero también pretendía reducir su propio sufrimiento al sentir socialmente limitadas sus aspiraciones como mujer y vivir en una sociedad donde la heterosexualidad era obligada. A pesar de sentir amor y atracción hacia varias mujeres (Martha Luther, Grace Channing, Adeline Knapp), se vio impelida al matrimonio y la maternidad, lo que le provocó una seria incompatibilidad con sus proyectos intelectuales y le acabó sumiendo en una profunda depresión, agudizada por la recomendación, realizada por un prestigioso médico, de encerrarse en casa con su familia. De esa depresión solo saldría con la ruptura matrimonial y su vuelta decidida al trabajo de dar clases y conferencias, tras recoger la vivencia de su tortura doméstica en *El papel pintado amarillo*, un relato escrito en 1892.

Se añadía, así, esta narración a los libros de poemas que había empezado publicando en revistas —como *Woman's Journal*, publicación oficial de la *American Woman Suffrage Association*— desde muy joven y que seguiría escribiendo durante toda su vida. Estas colaboraciones le aportaron cierta autonomía económica tras su separación matrimonial, lo que complementó cosiendo, pintando, enseñando y publicando sus ideas en revistas, textos y conferencias, todas ellas temáticamente muy centradas en la independencia económica de las mujeres.

Su primer libro de sociología fue *Women and Economics* escrito en 1898, en el que expone su preocupación por la economía y por la falta de independencia de las mujeres. Señala cómo la independencia económica la garantiza el trabajo, que también nos diferencia del resto de los animales. Es éste el que garantiza el suministro de alimentos y la sociabilidad al permitir relacionarnos y realizarnos. Sin embargo, el trabajo, que debería ser la mayor fuente de placer, se ha distorsionado por *la excesiva distinción por sexo* que impide a las mujeres desarrollar un trabajo que les permita subsistir.

En esa obra, Gilman establece una relación entre la economía y el individuo. Al igual que Marx, sin ser marxista, otorga un lugar central al trabajo y su capacidad de crear subjetividades: “el individuo aún se ve inexorablemente afectado por su forma de ganarse la vida” (Gilman, [1898] 2012: 113). Ahora bien, para Gilman la *excesiva distinción por sexo* —lo que hoy conocemos como género— es lo que la *clase social* es para Marx: “en el corazón de su sociología estaría el análisis de género como causa principal

de la disfunción y del sufrimiento social” (Lengermann y Niebrugge, [1998] 2019: 195). Es decir, el género es la causa principal de la desigualdad social:

“Gilman se centra en la esclavitud de las mujeres por los hombres, en la pérdida en las mujeres de la habilidad para participar en la organización social de la producción, excepto como esclavas. [...] La estratificación por clases surge de la estratificación por género” (Lengermann y Niebrugge, [1998] 2019: 221).

El género como determinante de la estructura social

Para Charlotte Perkins Gilman las diferencias entre sexos y los impactos sociales negativos de la cultura androcéntrica fueron los elementos centrales de su teoría y de su trayectoria personal. Se ganó la vida dando conferencias y escribiendo sobre los derechos de las mujeres; fue propuesta como dirigente del Club Nacionalista de Los Ángeles, a unas millas de Pasadena; se unió al Círculo de conferencias de California y se metió en varias redes de mujeres (Lengermann y Niebrugge, [1998] 2019).

“Formó parte durante varios años de la organización de los Congresos de Mujeres de California, colaborando con destacadas activistas, como Helen Cambell o Jane Addams. Fue, también, delegada por California en la Convención Sufragista de 1896 celebrada en Washington D.C. y dos años después fue invitada al Congreso Quinquenal del Consejo Internacional de las Mujeres en Londres” (Tobío, 2023: 12).

Gilman construyó una forma de praxis crítica para corregir el sufrimiento. En su teoría sociológica da preferencia a las ideas frente a los hechos. Su propósito, al explicar las condiciones sociales mediante conceptos, era el de conseguir una sociedad más justa. “Los conceptos tienen un poder fáctico. Las personas no llegan a conocer el mundo directamente, sino a través de su idea del mismo” (Lengermann y Niebrugge, [1998] 2019: 205).

La relación sexo-económica es el marco analítico de partida. Definida como la condición humana por la que el sexo femenino depende económicamente del masculino, plantea que la relación sexual es también una relación económica. Su esfuerzo, entonces, se centrará en demostrar que a las mujeres se les ha negado la actividad económica que otorga independencia a los seres humanos (el trabajo retribuido) y de ahí su dependencia del varón. Su trabajo —el trabajo doméstico y la maternidad— es propiedad de otros (sus hijos y su esposo), no le permite obtener el sustento propio, pero en cambio permite que otras personas sean productivas.

“Llama la atención cierta condición económica peculiar y acusada que afecta a la raza humana, sin parangón en el mundo orgánico. Somos la única especie animal en que la hembra depende del macho para obtener comida, la única especie animal en que la relación sexual también es una relación económica. Entre nosotros, el sexo femenino al completo vive en relación de dependencia económica con el otro sexo, y la relación económica se combina con la relación sexual. La condición económica de la hembra humana está en conexión con la relación sexual” (Gilman, [1898] 2012: 114).

Charlotte plantea cómo el origen de la relación sexo-económica está en la prehistoria, cuando los hombres se dieron cuenta de que era más fácil arreglarse con una hembra que luchar por ella con otros machos, momento en el cual, además de controlar su sexualidad, a la hembra se le privó de obtener su propia comida. Lo que comenzó así, en un momento determinado, se ha mantenido mediante una cultura androcéntrica (conciencia común de la sociedad) que divide el mundo en esferas separadas para las mujeres y los hombres, en la que la cultura masculina aparece como la cultura, olvidando que es una parte de esta. Señala, cómo los seres humanos han introducido de forma efectiva un sesgo de género en el trabajo, en la psique, en el mundo. “Hemos diferenciado nuestra industria, nuestras responsabilidades, nuestras virtudes en función de la división del sexo” (Gilman, 1898: 41, citado por Lengermann y Niebrugge, [1998] 2019: 210).

Esa *excesiva distinción por sexo* ha reducido a la mujer al trabajo doméstico, una labor obligatoria, pero con la que no puede sostenerse económicamente. Paradójicamente, cuando para Gilman el sexo femenino es primordial al asegurar la reproducción de la especie —como demostraba con la publicación de la utopía feminista *Matriarcadia* (1915)— las mujeres no obtienen valor por su trabajo. “La labor que la esposa desarrolla en el hogar forma parte de sus funciones obligatorias, no de un empleo” (Gilman, [1898] 2012: 117). “Las mujeres carecían de valor salvo como procreadoras de niños; el disfrute de favores e indulgencias estaba en directa relación con la maternidad” (Gilman, [1898] 2012: 119). Siendo la maternidad un elemento vital, a las mujeres su trabajo de madre no les afecta en su posición económica.

“La capacidad de trabajo de la madre siempre ha sido un factor relevante en la vida humana. Es la trabajadora por excelencia, pero su trabajo no afecta a su posición económica. Su forma de ganarse la vida, todas las cosas que obtiene —comida, vestidos, adornos, diversiones y lujo— no guardan relación con su capacidad para producir riqueza ni con sus servicios al hogar ni con su maternidad. Estas cosas sólo están relacionadas con el hombre con quien se casa, con el hombre de quien depende, con lo que él posee y está dispuesto a darle (Gilman, 2012 [1898], p. 121).

Pero, sigue apuntando, la dominación de los hombres va mucho más allá de la economía. “Los hombres se han apropiado también de la humanidad que es común a ambos sexos” (Tobío, 2023: 19). Se ha adscrito la mayor parte de la actividad humana a lo masculino cuando son comunes al género humano. Es decir, hay una cultura androcéntrica que mantiene la jerarquización y la dominación femenina.

Al análisis de esta cultura y sus negativos efectos sociales dedicó su libro, *Un mundo hecho por los hombres o nuestra cultura androcéntrica*, publicado en 1911 y que ha sido editado en castellano en 2023, por el Centro de Investigaciones Sociológicas a cargo de Constanza Tobío Soler.

Un mundo hecho por los hombres o nuestra cultura androcéntrica

Este libro es complementario de *Women and Economics* y, en el mismo, trata de mostrar los límites con que se encuentra el desarrollo humano basado en el dominio masculino y lo negativo que es, tanto para mujeres como para hombres y para el avance social, entender la humanidad reducida a lo masculino. "Este es un libro sobre los hombres como tales. Diferencia entre la naturaleza humana y la sexual. (...) Indicará cuáles son los rasgos masculinos que los diferencian de los humanos en general y cuál ha sido el efecto en nuestra vida humana del dominio sin freno de un solo sexo" (Gilman, [1911] 2023: 35). Para poder demostrar que ha habido una apropiación masculina de lo humano empieza por describir en qué consiste la humanidad, para pasar a analizar en varios capítulos el efecto de la masculinización en la familia, la salud y la belleza, el arte, la literatura, la ética y la religión, la educación, la moda, la ley y el gobierno, la política, la guerra, la industria y la economía. Finaliza con la propuesta de conseguir la igualdad de las mujeres y los hombres, remarcando los efectos positivos que esta igualdad tendría para todos.

Argumenta que la especie humana se distingue de las demás especies por cuestiones mecánicas, psicológicas y sociales. La capacidad de fabricar y usar utensilios es humana. El progreso humano es un proceso que depende de la ayuda mutua. Nuestra humanidad no es individual, sino resultado de nuestras relaciones mutuas. A partir de ahí, en los sucesivos capítulos trata de demostrar cómo "los conceptos, el lenguaje y el conocimiento humano están moldeados por el androcentrismo, que la cultura es considerada universal cuando en realidad es el reflejo de una mirada parcial (masculina) que está instalada en la conciencia colectiva" (García-Sainz, 2021: 7).

La búsqueda de una sociedad mejor es lo que guía estas páginas en las que señala explícitamente que no se trata de atacar a los hombres, sino de recuperar la humanidad apropiada por la cultura actual androcéntrica. De hecho, son varias las alusiones que hace Gilman en estas páginas en las que señala que no pretende atacar a los hombres, más al contrario, busca su complicidad para recuperar la humanidad.

"Quizá valga la pena aquí repetir que el propósito de este libro no es en absoluto atribuir una influencia totalmente maligna a los hombres y otra totalmente benigna a las mujeres. Ni siquiera se afirma que una cultura completamente femenina hubiera hecho progresar al mundo con más éxito. Lo que afirma es que la influencia de ambas juntas es mejor que la de cualquiera de ellas solamente, y en especial indica qué tipo de perjuicio se debe a la influencia exclusiva hasta hoy de un único sexo" (Gilman, [1911] 2023: 112).

Esta socióloga se inspiró en *Pure Sociology*, del evolucionista Lester Ward ([1903] 2019), a quien dedica el texto, y en particular en su teoría ginecocéntrica (que sitúa a las mujeres en el centro) para desarrollar su reflexión.

"Este libro se dedica con reverente amor y gratitud a Lester F. Ward... por su Teoría Ginecocéntrica de la Vida, pues nada tan importante para la humanidad ha sido propuesto desde la

Teoría de la Evolución, y nada más importante para las mujeres ha sido nunca ofrecido al mundo" (Gilman, 2023 [1911]).

A partir de aquí, muestra, por ejemplo, cómo la familia, que es una institución natural, cuyo fin es cuidar y proteger a los jóvenes, bajo esta cultura androcéntrica, ha sido moldeada por los hombres para su confort, poder y orgullo. La belleza y la fortaleza que crecen con la libertad y la actividad de la mujer se han visto reducidas a los aspectos que atraen al varón. Incluso en este aspecto, remarca, se observa el dominio masculino, porque las mujeres deben seguir esos patrones para ser elegidas, "pues toda su vida más amplia se hace depender de con quien se casan" (Gilman, [1911] 2023: 63). A diferencia del resto de especies, en la especie humana, al imponer el varón su voluntad, las mujeres deben seguir los patrones de belleza y adornarse para ser elegidas por los hombres. En el resto de los animales son los machos los que se engalanan para ser elegidos por las hembras. Constata también cómo somos la única especie que practica la prostitución y, con ello, muchos hombres llevan enfermedades a sus casas, contagiando a sus esposas e hijos.

Puesto que se ha aceptado que los hombres constituyen la humanidad y las mujeres solo son una cuestión marginal, los hombres han aplicado sus características dominantes —el deseo, el combate y la expresión propia— a toda la humanidad. Así, en lugar de que la historia recoja la historia de la humanidad, en esta se recogen solo las guerras y las conquistas. Los pasos dados en el mundo del trabajo, los descubrimientos e invenciones que construyen el verdadero progreso no parecen dignos de registro. El deseo de combate también se aplica en el deporte, dejando fuera la cooperación y el juego.

La cultura androcéntrica impregna también la religión y la ética. Se ha justificado la superioridad del matrimonio monógamo, imponiendo la castidad como virtud femenina con severos castigos ante su ausencia, pero siendo ésta completamente ignorada por los hombres. Se ha hecho de la religión un arma de combate, en lugar de hacer de ella un sistema de explicación y de reglas morales de modo que "en el amor y en la guerra todo vale". La idea de combate también está presente en el crimen, donde se impone el "dar más duro". El sistema de castigo es de una severidad enorme, pero no se ha demostrado que, a mayor castigo, haya menos delitos. En lugar de introducir castigos más severos ante un comportamiento que no nos gusta deberíamos preguntarnos el origen que ocasiona esas conductas.

Sigue argumentando cómo, no solo el castigo está diseñado de acuerdo con los valores masculinos; lo que se castiga también responde a sus intereses, así no hay castigo por vivir de una mujer caída en desgracia, ni por envenenar a toda una comunidad con comida (o aire, o agua) en mal estado, o por robar bosque, o por el trabajo infantil o usar la prensa pública para mentir con fines privados. Para todos estos delitos no tenemos ni nombre. Y es que "hasta ahora no hemos vivido en una democracia, sino en una androcracia" (Gilman, [1911] 2023: 172). Sin embargo, la propia Gilman avanzaba cómo la

creciente protesta femenina estaba provocando cambios muy relevantes. Uno de los más importantes era el acceso –no sin resistencias masculinas– de las mujeres a la educación, cuando durante mucho tiempo solo a los hombres se les preparaba.

“Feminizar la educación implicaría hacerla más maternal. [...] La maternidad hace todo lo que sabe para darle a cada criatura todo lo que más necesita, para enseñarles a todos el máximo que pueda, para desarrollarlos a todos de forma afectuosa y eficaz” (Gilman, [1911] 2023: 125).

Este cambio de modelo lo percibe promovido por dos grandes movimientos: el movimiento feminista y el movimiento obrero. Según argumenta en su texto, en el momento en el que ella desarrolla sus reflexiones, estábamos entrando en un momento de conciencia social. En este cambio de sistema, el gobierno, que consistía solo en prohibiciones y órdenes, en recogida de impuestos y en hacer la guerra, se va transformando, dando pasos hacia un sistema que gestiona, eficazmente, nuestros intereses comunes. De esta manera, ya tan tempranamente, aseveraba que el cambio había llegado y no supondría ningún daño para los hombres, sino al contrario, la colaboración con las mujeres y el alcance de un mayor progreso humano.

No cabe duda de que el progreso, en este sentido, ha llegado. La igualdad de derechos de mujeres y hombres se ha convertido en un principio básico de la modernidad y los feminismos se han convertido en motor del cambio social. El activismo feminista está permitiendo recuperar una parte de nuestra historia que, por ser construida por mujeres críticas con el modelo imperante, se nos ha negado, lo que permitirá tener una ciencia y una historia no solo con menos sesgos de género, sino además más rica, inclusiva, diversa y crítica.

Referencias bibliográficas

Castillo, Juan José (2001). Presentación. Pasión y oficio: Beatrice Webb en la fundación de la sociología. *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, 93, 183-187. <https://doi.org/10.2307/40184332>

Durán, M^a Angeles (1996). *Mujeres y hombres en la formación de la teoría sociológica*. CIS.

García Dauder, Silvia (2008). Annie Marion MacLean: "madre de la etnografía contemporánea" y pionera en la Sociología por correspondencia. *Athenea Digital*, 13, 237-246. <https://doi.org/10.5565/rev/athenea.504>

García Dauder, Silvia (2010). La historia olvidada de las mujeres de la Escuela de Chicago. *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, 131, 11-41. <https://doi.org/10.5477/cis/reis.131.11>

García Dauder, Silvia (2021). Pioneras del Trabajo Social: Políticas de género, racialización y conocimiento en la disciplina. *Cuadernos de Relaciones Laborales*, 39(2), 283-308. <https://doi.org/10.5209/crla.69727>

- García-Sainz, Cristina (2021). Sociólogas fundadoras, la memoria oculta de la sociología. *Revista Española de Sociología*, 30(2), a38. <https://doi.org/10.22325/fes/res.2021.38>
- Gilman, Charlotte Perkins [1892] (2023). *El papel pintado amarillo*. Alpha Decay.
- Gilman, Charlotte Perkins [1898] (2012). Las mujeres y la economía. *Revista de Economía Crítica*, 13, 112-121.
- Gilman, Charlotte Perkins [1911] (2023). *Un mundo hecho por los hombres o nuestra cultura androcéntrica*. CIS.
- González de la Fe, Ma Teresa (2019). Presentación. En P.M. Lengermann y G. Niebrugge, *Fundadoras de la Sociología y la teoría social (1830-1930)* (pp.1-12). CIS.
- Haraway, Donna J. [1991] (1995). *Ciencia, cyborgs y mujeres: la reinención de la naturaleza*. Cátedra y Universitat de València.
- Lengermann, Patricia M, y Gillian Niebrugge [1998] (2019). *Fundadoras de la Sociología y la teoría social (1830- 1930)*. Centro de Investigaciones Sociológicas.
- Martineau, Harriet (1832). *Illustrations of Political Economy*. Charles Fox.
- Martineau, Harriet (1837). *Society in America*. Saunders and Otley.
- Martineau, Harriet (1838). *How to Observe Morals and Manners*. Charles Knight and Company.
- Roth, Guenther (1997). Marianne Weber y su círculo. En Marianne Weber (ed.), *Biografía de Max Weber*. Fondo de Cultura Económica.
- Sánchez Calvo, Sara (2023). *Jeanne Deroin. Una voz para las oprimidas. Vida, revolución y exilio*. Comares.
- Tobio Soler, Constanza (2023). Presentación. En C.P. Gilman (autora), *Un mundo hecho por los hombres o nuestra cultura androcéntrica* (pp.9-26). CIS.
- Ward, Lester [1903] (2019). *Pure Sociology. A treatise on the origin and spontaneous development of society*. Wentworth Press.